



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 7.<sup>o</sup>

JUEVES 16 DE ABRIL DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

JARDINES BOTANICOS, (*Conclusion*), por Miguel Colmeiro. —AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO, DEL HOMBRE FLACO Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO: (traducción del inglés), (*Continuacion*), por Jorge Augusto Sala. —EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA, cuento, traducido directamente del ruso. (*Continuacion*), por Nicolás Gogol. —FUEGO Y HUMO, balada, por M. Ossorio y Bernard. —HISTORIA NATURAL: Carnero con vuelos. —UNA CURA MARAVILLOSA, por el Curioso Madrileño. —REVISTA DE TEATROS, por Bonifazio Stiffelio. —EL PEZ, por José C. Bruna. —EL ASRA, por Enrique He ne. —EL AMOR DEL DESIERTO, por S. Molgosa. —LA ESPERANZA Y EL RECUERDO, por lord Byron.

## JARDINES BOTÁNICOS.

(CONCLUSION.)

La escuela puede poblarse con las plantas vivas que se adquieran y con las que se obtengan por medio de semillas. Hácense las siembras en macetas que se tiene cuidado de numerar, para que puedan reconocerse por medio del catálogo correspondiente las plantas en ellas contenidas. Es claro que á la siembra de cada año ha de corresponder un catálogo particular, y la escrupulosidad de algunos profesores llega al extremo de recomendar al fin del número que tiene cada planta, el año en que se sembró. Asi, para indicar que la planta 652 fue sembrada en 1848, se escribirá <sup>652</sup>/<sub>8</sub>. Estos números es ventajoso ponerlos en pedazos triangulares de plomo, largos y estrechos, que se clavan en la tierra de la maceta y se doblan sobre su borde de modo que el número aparezca al exterior. Las plantas criadas en las macetas deben trasladarse á los lugares que en la escuela les correspondan, sin que sus plomos numerados las abandonen, y entonces es cuando se anotan en el registro de la escuela, no olvidando apuntar el número y la fecha que traen. Sin embargo, pueden dejar de trasladarse las anuales, y no es necesario decir que las delicadas tienen que continuar en las macetas. Todas las que deben perma-

necer en ellas por razon de las precauciones que exige su cultivo, constituyen una serie distinta con su numeracion y catálogo especiales, siguiendo el método adoptado para las siembras. Pero si se quisiese roturarlas será mejor, y tanto mas, cuanto que muchas de las especies que se ponen á cubierto durante la estacion rigurosa, pueden colocarse temporalmente en el lugar que en la escuela les corresponda, no sacándolas de la maceta, sino enterrando esta como lo hemos visto en los jardines de París y de Mompeller y tambien en algunos otros.

Cuando es muy considerable el número de plantas cultivadas en macetas, que pueden pasar mucha parte del año fuera del invernadero, no siendo fácil colocarlas todas en la escuela de la manera arriba indicada, es preferible ponerlas juntas aparte, clasificándolas por familias, si se quiere, para mayor instruccion de los alumnos, siempre que á ello no se opongan obstáculos nacidos de los cuidados que pida su buena conservacion. Muchas plantas padecen si reciben los rayos directos de un sol ardiente, y para estas es menester buscar una media sombra que pueda obtenerse mediante la interposicion de palizadas, ó colocándolas á la espalda de setos de ciprés, tuya, etc., plantados al efecto, que dejen colarse el aire fácilmente. Semejante método es igualmente aplicable á algunas de las plantas que, si bien permanecen todo el año al raso en la escuela, no lo pasarian del mismo modo durante los calores del verano. Es menester además preparar la tierra de cada era del modo que convenga á las plantas que á ella correspondan, particularmente si piden una preparada á propósito como sucede respecto á muchas ericáceas. En fin, es necesario, en cuanto factible sea, proporcionar á cada planta las condiciones que le son naturales para que pueda vivir como lo haria espontáneamente; y por esto es que en algunas eras de varios jardines botánicos se amontonan piedras siempre que se tienen plantas que gustan de ellas,



Nuestro amigo y consocio don José Roig y Oliveras ha fallecido el día 12 del corriente mes. Cuantos por espacio de diez y ocho años han visto invariablemente unidos los nombres de Gaspar y Roig al frente de las publicaciones de este establecimiento, y cuantos conocian la union aun mas estrecha de nuestros corazones y de nuestras almas, comprenderán el acerbo dolor que nos embarga en estos tristes momentos.

Rogamos á los lectores que encomienden á Dios á nuestro malogrado amigo.

GASPAR HERMANOS.



y tambien se forman y mantienen charquitos para algunas acuáticas, sin que dejen de cultivarse en estanques destinados al efecto otras que por su magnitud y demás circunstancias no seria posible encontrasen lugar en la escuela.

Hemos hablado de los tarjetones destinados á poner los nombres de las clases, familias, géneros y especies; pero tenemos que añadir alguna cosa relativa á la diversidad de su construccion. Los de hierro sostenidos por pies de lo mismo, además de ser mas duraderos que los de madera, tienen la ventaja de abultar menos; pueden tambien hacerse de loza ó azulejos, y así los vimos en el jardin botánico de Lyon: estos tarjetones tienen dos agujeros para sujetarlos con alambre al pie que los sostiene. En el jardin botánico del gran duque de Toscana vimos otra especie de rótulos, aplicable mas bien á las plantas cultivadas en macetas: componíanse de una vasijita de vidrio aplastada, dentro de la que estaba un papel con el nombre, y de un mango ó pie de hierro á que estaba sujeta aquella por medio de alambre. Parecido á esto es lo que se hace cuando se colocan los rótulos dentro de tubos de cristal, pero no tan ventajoso. Bien es verdad que en ningun caso puede serlo mucho emplear materias tan frágiles. Los rótulos arrollados y guardados en tubos de hoja de lata, tienen mas de un inconveniente y no sirven para la escuela; tampoco son buenos para esta, aunque sí para plantas que estén fuera de ella, ó en macetas, los plomos y las tablillas triangulares pintadas de albayalde y enresinadas por la punta.

Al indicar la manera de colocar las plantas en las eras de la escuela, dejamos entrever, que tratándose de árboles debía colocarse en ellas una sola hilera, en lugar de las dos que ordinariamente la ocupan. Así se disminuyen los inconvenientes que puede tener el sistema de no escluir los árboles de la escuela general, para formar con ellos una particular. El embarazo que las plantas de gran talla producen, fue el motivo que originó las escuelas de árboles en muchos jardines, y particularmente en los antiguos, entre ellos el de Mompeller. Algunos modernos de Alemania tienen tambien escuela especial de árboles, tanto para evitar el perjuicio que pudieran causar á las plantas menores, como para facilitar su estudio á los que se dedican á la arboricultura. En los jardines dispuestos, segun el antiguo sistema de grandes cuadros, suelen verse los árboles, como en el de Madrid, alrededor de ellos y cubriendo con su sombra las carreras que los separan. Pero son incontestables las ventajas científicas de disponer las plantas aproximadas en una sola escuela, segun sus semejanzas naturales, que por cierto no dependen de su magnitud, y por otra parte pueden salvarse ó disminuirse los inconvenientes que esto pueda traer. Así lo realizó De Candolle en Ginebra, y en Paris Adolfo Brongniart, al replantar aquel jardin en 1843, conforme lo vimos en el mismo año, teniendo el gusto de consultar su opinion sobre este punto. Cuidando de aproximar en cuanto sea posible las especies aborescentes de cada grupo, y considerando que hay familias compuestas casi enteramente de árboles, se concibe que no es difícil disminuir los inconvenientes que se achacan á este sistema, no tan notables en los climas meridionales como en los del Norte.

El riego tiene que ser abundante en la estación calurosa, para que se conserven y prosperen las plantas que se cultivan en los jardines de la mayor parte de España. Regar á brazo en nuestros jardines botánicos seria penoso é insuficiente; pero teniendo agua bastante, nada mas fácil que conducirla al pie de las plantas, supuesto que la disposición de las eras se presta muy bien á ello. En el punto ó puntos en que se crucen las anchas carreras que atraviesan la escuela, pueden colocarse estanques, que adornando servirán al mismo tiempo para el riego y para el cultivo de las plantas acuáticas.

Como que tan solo á los estudiosos debe ser

permitida la entrada en la escuela botánica, hay que circuir la para separarla del resto del jardin accesible á todo el mundo. Puede hacerse esto por medio de una verja, ó en su defecto por un seto vivo suficientemente elevado; á no ser que se prefiera una publicidad completa, juzgando, como De Candolle, que los desórdenes que puedan resultar quedan compensados por el gusto que se inspira á las personas estrañas á la ciencia, y por el mejor estímulo que tienen los que intervienen en el jardin.

Además de la escuela, pueden tener los jardines botánicos cuadros en que se reúnan las variedades de ciertas plantas muy interesantes, tales como la vid y el olivo, y algunos en que se cultiven otras plantas útiles y las de adorno. Conviene que no falte un criadero de árboles y arbustos suficiente para ir reponiendo los que perezcan.

Los jardines botánicos tienen por único objeto la enseñanza, ó están destinados al adelantamiento de la ciencia, proporcionando medios de hacer investigaciones difíciles y observaciones de larga duración. Servirán para esto último tanto mas, cuanto mejor organizados y ricos se hallen. Los jardines destinados á la introduccion y propagacion de las plantas son tambien muy interesantes, como nadie ignora; pero no es ahora nuestro objeto hablar de ellos.

Un herbario convenientemente arreglado, y las demás colecciones botánicas de que hemos hablado en otro lugar (1) contribuyen á aumentar el interés y la importancia científica de todo jardin destinado á la enseñanza. Tampoco debe faltar una biblioteca especial, unida al mismo jardin, que á lo menos contenga las obras mas indispensables para los ejercicios prácticos de los alumnos, y los que puedan facilitar los estudios que al profesor corresponde hacer en beneficio del jardin y de la ciencia.

Es independiente de las diversas colecciones científicas la de las semillas recogidas para sembrar de nuevo en el mismo jardin, ó para distribuir á los demás en cambio de otras. Un buen semillero es por tanto indispensable, y puede disponerse en cajones que correspondan á las diversas familias, ó bien por orden alfabético conforme á la nomenclatura adoptada en la escuela. Hemos visto usar en algunos jardines de Italia vasijas de cristal rotuladas y colocadas en armarios ó estantes, en lugar de los cajones, y no deja de tener esto algunas ventajas. Innecesario es decir, que las mutuas comunicaciones ó cambios de semilla se facilitan con la publicacion anual de su catálogo, que se hace en casi todos los jardines en que reina un verdadero interés por la ciencia.

Todavía pudiéramos entrar en algunos otros pormenores que observamos en los diversos jardines botánicos que tuvimos ocasion de visitar y examinar; pero nos parecen suficientes los espuestos para llamar la atención sobre el mejor modo de organizar los jardines botánicos que se establezcan. No hemos hablado de los invernáculos, porque estos exigen artículos especiales.

MIGUEL COLMEIRO.

## AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO,

DEL HOMBRE FLACO

Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO.

(TRADUCCION DEL INGLES)

(CONTINUACION.)

Después pasaron por Oberwesel y Gutenfels, y al lado de un viejo castillo que se levanta en medio del rio. Después dejaron detrás á Bacharach, Lorch, Bingen y Maestricht, la torre de las Ratas, la torre del temido Hatto. Cuando el hombre flaco refirió la

(1) Memoria sobre el modo de hacer las herborizaciones y los herbarios. Madrid 1847.

tradicion del monopolizador de cereales que fue devorado por las ratas que se habian criado en su propio granero, sus dos compañeros empezaron á temblar.

El hombre gordo se puso á pasear por el puente silbando, y poco después se le oyó dar la orden de que le llevaran cognac y agua caliente.

Creo que el modo mejor de concluir la narracion de un dia pasado sobre el Rhin, es dar á conocer algunos extractos de las memorias que escribían los tres viajeros, siguiendo el mismo sistema adoptado para hablar de Rotterdam. Las notas ó extractos primeros son los del hombre gordo, persona siempre elocuente en ciertas materias.

«Hemos comido abordo, decia, este sibarita, teniendo á la vista el delicioso panorama del Rhin, la comida fue buena; el cordero mediano, la vaca excelente. No debo despreciar la cocina germánica; además, los alemanes comen á la una, lo cual os da tiempo para volver á tener apetito mas tarde. El salon del buque estaba muy bien adornado con pinturas encáusticas que representaban vistas del Rhin, que no tenían nada de originales, pero que eran encantadoras. Los trajes de los pasajeros eran estraños. Hemos visto el traje nacional de las mujeres y de las muchachas de los campesinos en un mercado en Oberwesel; llevan pendientes de plata de forma antigua y bonita, collares y sortijas de oro y de plata. He visto tambien un adorno de cabeza que es muy estraño y hubiera comprado uno de esta clase, si hubiera sabido bastante alemán para pedirle. No habia visto nunca á ninguna señorita que llevara un cuchillo de cortar papel, ó mas bien una especie de daga de plata en su rodete. ¿Llevan este adorno después de casadas y peinan con él el pelo de su marido? Yo sé que la compañera de mis alegrías y de mis penas peina sus magníficos cabellos con...» (Aquí estaba roto el manuscrito y las primeras líneas legibles que habia después, decian:) «¡Que descubrimiento tan prodigioso el de estos cometas! ¡que filósofo será Donati! y cómo deseo yo poder hablar en alemán! Nuestro compañero el de la caja de hierro se ha quedado asombrado, porque aquí habia cajas monstruosas con cerraduras como las de las puertas de un calabozo y candados como cabezas de leones, y todas estas cajas estaban pintadas con adornos, pájaros, animales de todas clases y peces. El pueblo alemán es inexplicable. He visto una cartera de viaje bordada tambien con una guirnalda de flores y con un letrero en alemán, que el hombre de la nariz colorada, ha dicho que queria decir próspero viaje y vuelta tranquila. Las gorras alemanas llevadas por la mayor parte de los hombres, son de las formas mas estravagantes. La primera idea de la gorra alemana fue debida evidentemente á un puñado de barro echado en la cabeza, el cual se fue inclinando hácia uno de los lados; hay algunas gorras que parecen un acordeon dislocado, otras un pan de azúcar partido y otras un molde de gelatina estropeado. Pero al mismo tiempo creo que jamás he pasado un día mas feliz. La carne de vaca era verdaderamente deliciosa; la vista de los castillos me estaba dando un grande apetito. Abordo habia tambien un inglés que me figuro que seria un posadero ya retirado. El idioma alemán no solo es absurdo sino que es insultante.»

La relacion del hombre de la caja de hierro es breve y salvaje. «Los hombres, las mujeres y los niños en las riberas del Rhin, escribia en sus memorias, son villanos sin conciencia. Aun cuando yo hubiera sido tan rico como Rothschild hubiera llegado sin dinero alguno á Maguncia, á pesar de no haber comprado ni la mitad de los artículos que pensaba comprar. Os sitian en Colonia con guías de viaje y panoramas del Rhin; abordo del buque todo el día os están diciendo: ¡Comprad, comprad! Me he visto asaltado por una multitud de judíos que tenían piedras finas y vistas del Drachenfels en mosaico y mucha-



chos de pelo rojo me enseñaban pendientes de diferentes clases. Todos estos vendedores creo que tienen credenciales dadas por la compañía de vapores y por la policía misma, y han tratado de congraciarse primero con nuestro compañero, el hombre gordo (que es bastante vano para creer cualquier cosa) diciéndole que se parecía á Luis Napoleon. Quería venderme una caja de música, una pipa de espuma de mar, y finalmente un racimo de uvas, que declaró ser verdaderamente de Joannisberg y que se le había dado esta mañana el jardinero del príncipe Metternich y aun no estoy cierto, si me dijo, que se le había dado el mismo príncipe. Y no quise ninguna de sus mercancías, y de este modo le di una prueba de mi carácter, por lo cual me tiene rencor; se dirigió despues al viajero que parece un ex-posadero; pero no logrando nada con este se acercó á un sacerdote inglés que entró abordo en Coblenza. Todo el día ha estado sobre el puente con el eterno racimo de uvas; creo que están hechas de cera »

No se me ha permitido hechar mas que una ojeada sobre los fragmentos de las notas del hombre flaco acerca de su viaje por el Rhin; pero la pequeña parte que estoy autorizado á publicar, muestra del modo mas evidente la aptitud financiera de este individuo y su facilidad maquiavélica para comprender ciertas cosas.

«Los mozos de las fondas que hay en las orillas del Rhin, dice este hombre en sus notas, son ladrones. El cocinero del vapor trató de quitarme mas de tres thalers prusianos; convicto en el acto le dije lo que pensaba de él, y en castigo de ello le multé en la mitad de la propina. Le dejé deplorar su suerte y dar de bofetadas á su subordinado que es un desgraciado jóven, que al parecer sufre una erisipela crónica, y que sirve para fregar los platos y para llevar fuego para las pipas. Todos los cocineros, todos los mozos, y creo tambien que el total de las tripulaciones de los buques del Rhin, tienen padre, madre, tios, tias ó primos que son dueños de fondas de primera clase, con baños frios y calientes y mesa redonda á las cinco de la tarde. Las tarjetas que os dan con las señas de las fondas sirven para encender los cigarros. El hombre gordo ha empezado á mostrarse bajo su verdadero color. Sé que es sensible á los encantos de una belleza femenina; antes se había enamorado locamente de la Beldad que vimos abordo del buque *Batavia* y hoy se ha vuelto á enamorarse de dos bonitas muchachas alemanas de aire suave y agradable y de ojos dulces, que estaban sentadas frente á nosotros en la mesa. Estas muchachas son efectivamente muy bonitas, encantadoras; son hermanas y van acompañadas de su mamá, que es gruesa y está aun en un estado floreciente; tambien va con ellas un jóven con gorra, que parece simple, que supongo que será hermano, aunque me temo que sea novio de alguna de ellas. Nosotros, (es decir, el hombre gordo y yo) tratamos de mover al hombre de la nariz colorada á que cumpliera con un deber, quiero decir, á que entablara conversacion en aleman con esta familia que nos presentara á ellas al hombre gordo, y á mí, y que se retirara despues á la popa, mientras nosotros coqueteábamos con ellas; podíamos hacerlo por señas, pero necesitábamos una docena de frases en aleman como cimientos; pero este hombre maldito, cuya nariz se pone cada día mas colorada, nos negó este pequeño servicio. Sin embargo, nuestro amigo, el hombre gordo no se desalentó por esto, pues á las ocho de la noche, cuando empezaba á oscurecer, le hallé en una conversacion muy tirada (si es que puede llamarse conversacion una ensalada escandalosa de inglés, francés y aleman) con las dos señoritas alemanas, á las que aparentemente las hablaba de lo que había leído acerca del cometa que ha aparecido esta tarde con un tamaño y con un esplendor inusitado. ¡A la verdad, el atrevimiento de algunos hombres es prodigioso!»

Ahora se comprende bien por qué razon el

hombre gordo deseaba tanto poder hablar en aleman, aunque este idioma, segun decia, no solo era absurdo, sino insultante.

A las diez de la noche nuestros viajeros llevaban ya catorce horas sobre el Rhin; este día se hizo largo porque había una niebla muy espesa y fastidiosa. Assmanshausen, Rudesheim, Schloss Johannisberg, todos estos puntos pasaron sin ser vistos; las estrellas y el cometa robaban ahora las miradas que antes se fijaban en el campo. Las orillas del Rhin están bordadas por largas líneas de álamos blancos que se extienden en una longitud de millas enteras.

Peladas, descoloridas y lúgubres, las montañas descienden gradualmente hasta llegar al nivel de las tierras bajas. Despues se ve un laberinto de faroles que brillan, suenan varias campanas grandes, se oyen voces, y nuestros tres viajeros están en Maguncia.

—¿Por qué dejan que los soldados vayan vestidos de lienzo blanco á estas horas? dijo el hombre gordo despues de desembarcar, cuando dos centinelas vestidos de blanco, como mozos de tahona en su trabajo, abrieron inmediatamente las dos hojas de la puerta de la ciudad, frente al punto en que desembarcaron, para que por ella pudieran pasar los viajeros y las mercancías del *Príncipe de Prusia*, seguramente estos soldados se van á resfriar.

—¡Hombre irreflexivo! exclamó con severidad el hombre de la caja de hierro, esos son los soldados austriacos con sus uniformes de paño blanco.

#### IV.

DESDE MAGUNCIA, POR HOCKEIM, Á FRANCFORT SOBRE EL MEIN Y DESDE ALLÍ Á HOMBURGO.

La ciudad federal de Maguncia puede decirse, que en cuanto á la política, no es ni carne ni pescado, ni ave ni marisco. Parece no pertenecer á ninguna potencia europea, aunque en realidad dos grandes y una mediana. Austria, Prusia y Baviera se interesan por ella y conservan allí sus soldados, haciendo que sirva para estudiar las variedades del uniforme militar alemán y advertir las diferentes inflexiones del idioma germánico. Estas naciones tienen envidia unas de otras y sus soldados se conceden mutuamente el odio mas cordial que puede haber. Los austriacos llaman asnos á los prusianos, y los prusianos dicen que todo el mundo sabe que los austriacos son vacas y ambos se ensañan contra los desgraciados bávaros que son condenados y ridiculizados como toneles de cerveza andando. Me figuro que la terrible esplosion del almacén de pólvora de Maguncia, que tuvo lugar hace poco, sería causada por el deseo vengativo de algun hulano austriaco para matar á algun cazador prusiano ó vice-versa, ó sería una conspiracion entre los soldados de la águila negra y la de dos cabezas para hacer volar por los aires la infantería ligera de Baviera.

La calle por la que los soldados habían admitido á nuestros tres viajeros, era la calle Libre, para hacer la cual, se había demolido la antigua y famosa residencia feudal de Martinsburg que hacía fines del siglo XVII era el palacio de los príncipes electores. Allí se hallaba tambien la casa de los Mercaderes, magnífico edificio construido por la famosa Liga en 1317 y que estaba adornada con las estatuas de siete electores y dos figuras colosales sosteniendo la corona imperial de Alemania. Esto fue destruido hasta los cimientos durante las guerras con el pueblo francés, tan amante de las artes, que es sabido tuvo el honor de quemar una ó dos veces el Palatinado, y que en to los tiempos se ha distinguido por su política, su gusto y su liberalidad dejando tras de sí campos abrasados, viñas destrozadas y tierras de sembrar devastadas, insultando á las mujeres y maltrando á los desgraciados campesinos.

Lo mismo que hicieron en Alemania, han hecho en Argel y en Kertch, donde los pobres escoceses llevaron la fama de muchos de

estos actos de vandalismo. Y sin embargo, estas gentes tienen valor para decir que las provincias rhinianas los pertenecen naturalmente y que son amados de los alemanes. Han de pasar mil años antes de que los alemanes olviden el asesinato de Palm, el puente de Leipsick, el ultraje hecho á los que acompañaban al heróico Schill, enviados á las galeras cuando habían sido hechos prisioneros de guerra y el saqueo sacrilego de la tumba de Federico el Grande.

Hay un puente de barcas en Maguncia, construido en su principio por Carlomagno, cerca del cual existen diez y siete molinos de agua, cuyo murmullo durante la noche es muy romántico y apacible. En efecto, el hombre de la caja de hierro, siempre de temperamento sentimental, declaró que no podía imaginarse una preparacion mejor para irse á la cama que un paseo solitario por este antiguo puente, mientras la luna llena y pálida alumbrase suavemente desde arriba, como una emperatriz benigna, dando claridad á las nubes pequeñas que la hacian la corte, con las estrellas alrededor centelleando en su brillantez inferior á la de la luna, pero bastante grande sin embargo; con los planetas, aristocracia altiva, coronada y llena de ricos dominios mirando desde lo alto al pequeño pueblo de las nubes, que se distinguen con un color suave. Sí, añadió con un dulce suspiro el hombre de la caja de hierro, este paseo por el puente sería delicioso. La luna, las estrellas, un buen cigarro, una luz encarnada que brillara débilmente entre las barcas de allá abajo y bastante memoria para recitar doce líneas de la «Vision de las mujeres hermosas» de Tennyson, sería suficiente para mí.

—No hay mas que un obstáculo para que emprendais esa caminata sentimental, y es que el puente se halla desgraciadamente fuera de las puertas de la ciudad, que se cierran á las diez de la noche, le dijo el hombre flaco mientras se hallaban fumando en el vestíbulo de la fonda.

—¿Y qué diablos tiene que ver un puente de barcas con una vision de mujeres hermosas? preguntó el hombre gordo, quitándole el cigarro de la boca sin su permiso al hombre de la caja de hierro y encendiendo el suyo que estaba ya apagado. Este hombre gordo necesitaba siempre una luz para su cigarro, del mismo modo que hay gentes que necesitan constantemente alguna cosa nueva en su vida. Además, continuó, vos sois casi tan ciego como un topo; no podeis ver á las mujeres hermosas aun cuando las tengais al lado, sin abrir tanto los ojos como un agente de policía; vos correis tras de las muchachas bonitas alemanas que llevan su cabello dividido por la mitad, mientras yo las esplico la nebulosa teoría de la cola de los cometas.

—Por regla general, dijo el hombre flaco agitando el diminuto fragmento de su cigarro en la punta de su cortaplumas, las jóvenes que echan á un lado su cabello deben ser evitadas. Una autoridad respetable en estas materias ha declarado que debemos huir de las jóvenes de cabellos rojos, porque son engañosas como los raposos de los campos y que las jóvenes que echan su cabello á un lado son demasiado científicas. Todas ellas conocen las obras de geología y os hablan del megatherio, del iguana y de otros horribles lagartos que se ven en los jardines del Palacio de Cristal, y llevan martillos pequeños y pedazos de yeso y de feldespató en su cartera de labor. Temo tanto á estas jóvenes científicas como temería á aquella señorita escocesa...

—¡Las señoritas escocesas son ángeles! exclamó el hombre gordo con entusiasmo echando una gran cantidad de humo de cigarro por la boca.

—¿Quién es tan atrevido que viene á interrumpirme mientras estoy hablando? replicó el hombre flaco echando una severa mirada á su compañero. Una mujer con el cabello á un lado no parece bien; el deber de toda jóven es hacer por parecer bonita para que la amemos



y no saber nada de rocas ni de cosas por el estilo.

—Yo encontré una vez una mujer, dijo con tono pensativo el hombre gordo, en una mañana nebulosa pasando por la calle de Villahermosa en Bruselas; esta mujer no era ni joven ni bonita; llevaba el pelo echado á un lado; no tenía mas que un ojo, tenía también un bulto en la garganta, cojeaba al andar, era jorabada y le faltaban todos los dientes y muelas del lado izquierdo; un sehal puesto con desaliño la cubría el cuerpo. Debía de haber sido una terrible partidaria en política...

—Diré, exclamó ó mas bien gritó súbitamente el hombre de la caja de hierro estirando sus brazos y causando un asombro profundo

al dueño de la fonda que se hallaba fumando su cigarro á una distancia respetuosa entre una multitud de alambres, de los cuales pendían tantas campanillas como hojas de árboles hay en un bosque espeso. Sí, yo diré que es lo que tiene que ver un paseo sobre el puente á la luz de la luna, con una vision de mujeres hermosas. Tiene que ver con todo; las imágenes de juventud y de hermosura están en todas partes para el poeta; están en la oscuridad del abismo y en la sombra azul del precipicio que se extiende á lo lejos; en los hilos flotantes que lleva la brisa del estío y que presagian la venida de dias claros. Ve mujeres hermosas que le hacen señas sonriéndose sobre las rocas que hay en la cima del Lorelei...

—Pero amigo mio, dijo el hombre flaco cuando vió que el de la nariz colorada dejaba ya caer sus brazos en una posicion horizontal, olvidais que entre vuestras hermosas mujeres podeis tener la vision de la culpable Beatriz Cenci, ó de Jezabel con su rostro pintado, mirando desde su ventana, ó de Lucrecia Borgia haciendo la corteza de un pastel para envenenar con él á Maffio Orsini y á sus amigos, ó de Inés Sorel y de la belleza Rosmunda, de madama Du Barry y de otras mujeres hermosas conocidas por su maldad. Estais chocheando, amigo mio,

—Ha bebido mucho en Assmanshauser á la hora de comer dijo entre dientes el hombre gordo, y se ha servido dos veces patatas y en-



Oficial austriaco con su acompañamiento.



El hombre gordo en el mercado de frutas de Maguncia.

salada. En cuanto á ser poeta lo es de tal clase, que el dia pasado me pidió que le dijera un consonante para conjetura.

—Creo que piensa con rectitud, dijo el hombre flaco; mirad cómo vuelve los ojos. (El hombre de la caja de hierro tenía la costumbre de estar con los ojos cerrados, y probablemente con su vista interior era con la que veía las mujeres hermosas.) Miradle la nariz, prosiguió diciendo el hombre flaco, está completamente lívida. Creo que hubiéramos procedido mejor haciendo un viaje á Bélgica y dejándole en Gheel, que es donde admiten y albergan á los locos.

(Se continuará.)

JORGE AUGUSTO SALA.

### EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA.

CUENTO.

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL RUSSO.

(CONTINUACION.)

El anciano cosaco cuyo nombre era Javtouxh, demostró silenciosamente su satisfacción por medio de una sonrisa al ver que sus palabras habian ofendido á la anciana, y el vaquero prorumpió en una carcajada tan grande y estrepitosa, que resonó como si un par de bueyes que estuvieran uno al lado de otro hubieran empezado á bramar al mismo tiempo.

La conversacion que se habia empezado escitó hasta el mas alto grado la curiosidad del filósofo que deseaba saber todas las particularidades relativas á la vida de la difunta. Por esta razon, dirigiéndose de nuevo al que estaba á su lado, le dijo:

—Me alegraría mucho saber por qué toda la honrada sociedad que se halla en este punto

cree justo el suponer que la señorita era una hechicera. ¿Hizo algun mal á alguien? ¿hizo que alguien enfermara y muriese por echar algun maleficio sobre él?

—Ha habido cosas de toda clase, contestó uno de los de la sociedad, cuyo rostro era tan chato como el hierro de una azada. ¿Quién no se acuerda del cazador Mikita ó...?

—¿Qué le sucedió al cazador Mikita? preguntó el filósofo.

—¡Silencio! voy á contar la historia del cazador Mikita, gritó Doroch.

—No, dijo el tabunkhik, yo seré quien cuente la historia del cazador Mikita, porque era primo mio.

—Yo la contaré, replicó Spirid.

—Dejad que la cuente Spirid, gritaron todos.

Spirid empezó: Tú, señor filósofo Tomás, no has conocido á Mikita; ¡qué hombre tan extraño era! te aseguro que conocia á cada perro como si hubiera sido su padre. El cazador actual Mikola, entre el cual y yo no hay ahora mas que dos personas, no le llega ni á la suela del zapato, aunque sabe muy bien su obligacion; pero comparado con Mikita, no vale nada.

—Lo cuentas bien, dijo Doroch, inclinando la cabeza en señal de aprobacion.

Spirid continuó: Veía una liebre en el campo mucho mas pronto que cualquiera otro hombre, y no tenía mas que silbar ¡á ella Rasboi! ¡á ella Bistraya! se lanzaba en su caballo á toda carrera, y no se puede decir quién era el que adelantaba al otro, si él al perro ó el perro á él. Podía beber una azumbre de aguardiente antes de que vos volviérais la vista. ¡Qué famoso cazador era! solo que hacia algun tiempo que le habia dado por echar miradas siempre á la señorita, porque se habia enamorado estúpidamente de ella ó

ella le habia embrujado; el hombre se perdió á sí mismo y el diablo sabe qué es lo que le pasó. Sí, añadió Spirid, echándose en el suelo, no conviene decir lo que llegó á ser.

—¡Bien! dijo Doroch.

Si la jóven señorita le echaba una mirada, las riendas se le caian de las manos; llamaba á Rasboi y á Brooko, temblaba y no sabia qué era lo que le pasaba. Cuando hé aquí que una vez nuestra jóven señorita se fué á la cuadra, donde estaba él limpiando un caballo. Escucha, Mikita, le dijo, déjame poner mi pequeño pie sobre tí. El, loco de alegría, contestó con la mayor satisfaccion: no solamente vuestro pie, sino que podeis sentaros sobre mí si quereis. La señorita levantó su pie, y cuando él vió este pie tan blanco y tan pequeño, parece que el sortilegio le volvió completamente loco; levantó los hombros, y así que hubo cogido en sus manos los dos pies desnudos de la señorita, empezó á galopar por los campos como un caballo. Nadie ha sabido jamás á dónde fueron, pero Mikita volvió medio muerto, y desde entonces comenzó á enflaquecer y desmejorarse visiblemente, y un dia cuando fueron al establo en vez de encontrarle allí, no hallaron mas que un puñado de ceniza al lado de un cubo vacío. Se habia quemado, quemado enteramente por su propia voluntad. De todos modos ha sido un cazador como no los hay ya en el mundo.

Así que Spirid hubo concluido su historia, todos empezaron á elogiar las buenas cualidades del cazador difunto.

—Tú no sabrás la historia de Chepchikha, dijo Doroch dirigiéndose al filósofo.

—No, dijo Tomás.

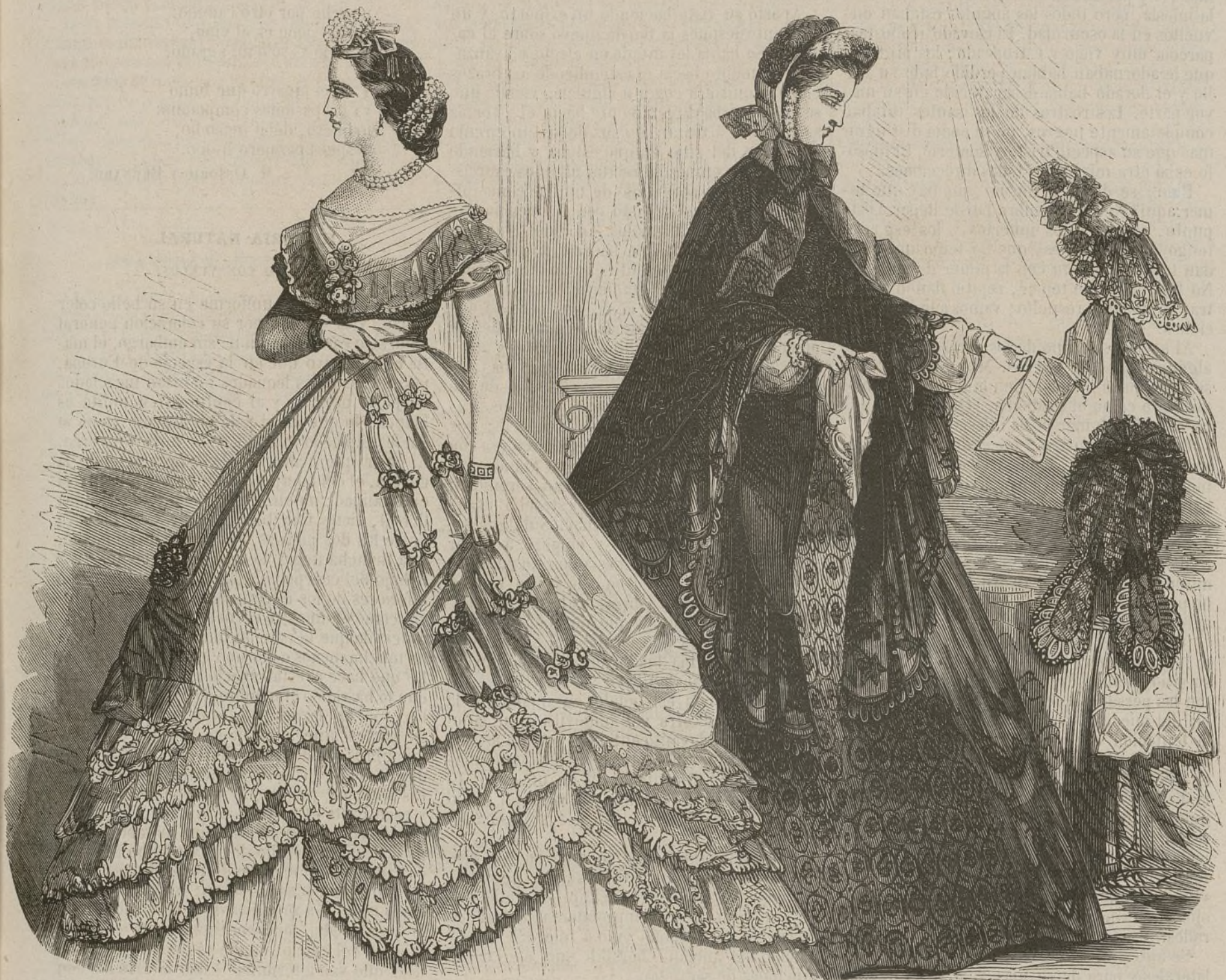
—¡Eh! ya veo yo que os enseñan mucho en el seminario, pero enhorabuena, escucha. Nosotros tenemos aquí en nuestro pueblo un cosaco llamado Cheptun; es un buen cosaco.



Le gusta á veces robar y mentir sin motivo, pero es un buen cosaco, su casa no está lejos de aquí. Un día, á la caída de la tarde, Cheptun y su mujer, despues de comer, se habian echado á dormir, y como el tiempo era caluroso, Chepchikha se habia echado en el patio y Cheptun dentro de la casa; no, no. Chep-

chikha se habia echado dentro de la casa en un banco, y Cheptun en el patio. En la cuna que hay colgada en medio de la habitacion habia una criatura de un año; no sé si era niño ó niña. Chepchikha estaba echada cuando oyó á un perro que ladraba en la puerta y que aullaba mucho como para espantar á los lo-

bos. Ella se asustó, porque las mujeres están hechas de una materia tan absurda, que si oyen á cualquiera detrás de una puerta, se la cae el alma á los pies. Sin embargo, pensó Chepchikha, debo pegar á este maldito perro, tal vez así deje de aullar. Cogió las tenazas y fué á abrir la puerta, pero apenas tuvo tiempo



Modas de la estacion. Véase el número anterior.

de entreabirla, cuando el perro entró á viva fuerza en la habitacion, y se fué derecho á la cuna. Chepchikha percibió entonces que no era un perro sino nuestra señorita, á quien estaba acostumbrada á ver de otro modo mas conveniente; pero ahora habia la circunstancia de que estaba toda de color azul y que sus ojos brillaban como ascuas. Cogió la criatura, le clavó los dientes en la garganta y empezó á chuparla la sangre. Chepchikha gritó entonces: ¡Oh malvada! y salió apresuradamente de la habitacion; pero viendo cerrada la puerta del patio, corrió hacia el granero, donde aquella estúpida mujer se ocultó temblando; pero habiéndola hallado nuestra señorita, se arrojó sobre ella y la maltrató terriblemente. A la mañana siguiente fue cuando Cheptun sacó á su mujer del granero donde yacia llena de mordeduras y de golpes, y al otro día aquella estúpida mujer espiró. Ve, pues, qué extrañas cosas suceden á veces; aun cuando sean de clase elevada, la que es hechicera, es hechicera siempre.

Despues de haber contado todo esto, Doroch pareció quedar altamente satisfecho, y limpió su pipa con el dedo pequeño para volverla á llenar de nuevo. Todos los de la compañía empezaron á hablar de la hechicera, y cada uno de ellos refirió algo á su vez. Al uno se le habia presentado á una distancia como la que habia hasta la puerta, bajo la forma de un haz de avena; á otro le habia robado la gorra y á un tercero la pipa; habia cortado el pelo á varias jóvenes del pueblo y habia bebido grandes cantidades de sangre en las casas de otros siervos de su padre. Por último, todos los de la reunion recordaron que hacia ya largo tiempo que estaban hablando y que la noche se hallaba muy avanzada. Comenzaron á buscar sitios acomodados para echarse unos en la cocina, otros en los graneros ó aun en medio del patio.

—Vamos, señor Tomás, es tiempo para nosotros de ir al lado del cadáver, dijo el cosaco Jartukh, dirigiéndose al filósofo.

Y los cuatro, es decir, éste, Tomás, Spirid

y Doroch fueron á la iglesia abriéndose camino con su látigo por entre los perros que habia en la calle.

Aunque el filósofo no habia dejado de alentarse un poco echando una buena cantidad de aguardiente en su estómago, sentia sin embargo un terror secreto que se aumentaba á medida que se aproximaba á la iglesia, porque las extrañas historias que habia oido, obraban sobre su imaginacion. Poco á poco las sombras que daban los árboles y las malezas empezaron á clarear, y el paisaje comenzó á estar mas despejado. Despues de haber parado al lado de una antigua muralla que habia en frente de la iglesia, entraron en un patio pequeño. Detrás de la iglesia no habia ni un solo árbol y ante ellos se estendia un paisaje de color dudoso, cuyas líneas se perdian en la oscuridad de la noche. Los tres cosacos subieron con Tomás los escalones del pórtico y entraron en la iglesia; despues dejaron al filósofo deseándole que cumpliera con toda felicidad su obligacion y le encerraron dando dos



vueltas á la llave, segun habia mandado su noble amo.

El filósofo se quedó solo; empezó por bostezar durante un largo rato; luego se esperezó y se frotó las manos, con las cuales se cubrió el rostro; hecho esto se puso á examinar la iglesia; en medio de ella estaba el féretro cubierto todo de negro. Las hachas llenas de pábilo rojizo ardian ante las sombrías imágenes de los santos. Su luz iluminaba el *iconostase* (1) y penetraba débilmente en la nave de la iglesia, pero todos los ángulos estaban envueltos en la oscuridad. El elevado iconostase parecia muy viejo y estropeado; las pinturas que le adornaban habian perdido todo su brillo y el dorado habia desaparecido en su mayor parte. Los rostros de los santos estaban completamente negros, no se podia distinguir mas que su aspecto triste y sombrío. El filósofo echó otra mirada en todas direcciones.

Bien, se dijo á sí mismo ¿qué hay que temer aquí? Ningun hombre puede llegar á este punto, y contra los muertos y los espíritus tengo tales oraciones, que no temo que puedan tocarme ni aun con la punta de su dedo. No hay nada que temer, repitió dando muestras de hallarse resuelto; vamos á leer las oraciones.

Al acercarse á uno de los coros laterales vió algunos cabos de hachas. Muy bien, se dijo, si tuviéramos mejor luz en la iglesia veríamos tan claro como al mediodia. ¡Qué lástima que no se pueda fumar en la iglesia!

Dicho esto empezó á encender las velas de todas las cornisas, balaustradas é imágenes y bien pronto la iglesia se llenó de luz, pero parecia que la oscuridad se hacia mas opaca por la parte superior y que los santos miraban de un modo mas irritado desde sus urnas antiguas y bien labradas. Se aproximó al ataúd mirando con terror el rostro de la muerta, y no pudo cerrar los ojos, aunque sintió un ligero estremecimiento.

¡Que belleza tan asombrosa y tan brillante! Apartó su vista de ella deseando volver á su sitio, pero esa estraña curiosidad que sienten las personas que se hallan bajo la influencia del miedo, hizo que no pudiera resistir á la tentacion de echar otra mirada, aunque acometido del mismo estremecimiento, habia en efecto algo de imponente en el atractivo de la belleza altiva y vigorosa de la doncella muerta; tal vez no le hubiera inspirado un terror tan profundo si hubiera sido fea, pero nada de terrible; ninguna huella de la muerte se advertia en sus facciones. Parecia estar viva y seguir al filósofo con sus miradas; sus ojos parecian moverse bajo sus párpados cerrados.

Se apresuró á instalarse en uno de los coros laterales y para darse mas valor á sí mismo, empezó á recitar sus oraciones. Su voz se apagaba en las antiguas paredes de madera de la iglesia. Sin eco, sin vibracion, sus acentos roncós y guturales resonaban en el silencio de la muerta; él mismo los hallaba estraños y salvajes.

¿Qué hay que temer? pensaba á pesar de todo. La muerta no se levantará de su ataúd porque debe temer las palabras sagradas; por lo tanto se estará quieta. ¿Y seria yo digno del nombre de cosaco si tuviera miedo? He bebido un poco mas de lo necesario, y por esta causa me siento algo alterado. Voy á tomar un polvo de tabaco; ¡que bueno, que excelente tabaco!

Sin embargo, mientras volvia las hojas de su libro miró hacia donde estaba el ataúd, y le pareció oír una voz interior que le decia:

—¡Mírala, mírala! ¡se está levantando, mírala! ¡levanta su cabeza, está mirando!

Pero reinaba un silencio profundo, el ataúd no se movia y las hachas esparcian su luz ondulante. A cada momento el filósofo volvia sus ojos hacia el ataúd, haciéndose á sí mismo constantemente esta misma pregunta.

¿Se levantará?

(1) El iconostase es una especie de biombo lleno de pinturas bizantinas que separa la nave del santuario.

El ataúd estaba inmóvil; no se oía ni el mas pequeño ruido, ni el mas leve sonido de un ser viviente, ni aun un murmullo. No se oía nada mas que el débil chisporroteo de una hacha distante ó el ruido de una gota de cera que caía sobre las bayetas.

¡Si se levantara...!

La muerta levantó la cabeza. Tomás la miró aterrado y se empezó á frotar los ojos. Sí, exclamó, no está ya echada, está sentada en su ataúd.

Apartó su vista haciendo un esfuerzo, y un momento despues la fijó de nuevo sobre el cadáver. Se habia levantado en efecto y avanzaba lentamente hacia él estendiendo los brazos como si quisiera coger á alguien; viendo que se encaminaba directamente hacia él, Tomás se apresuró á trazar con sus dedos un círculo alrededor del sitio en que estaba y haciendo un esfuerzo empezó á recitar algunos exorcismos que habia aprendido de un fraile que durante su vida habia visto con frecuencia hechiceras y espíritus malos. La muerta avanzó todo cuanto era posible hacerlo sin llegar al círculo, pero era evidente que no tenia poder para atravesarle. Súbitamente tomó un color azulado y lívido como el de una persona que hace ya dias que ha muerto; sus facciones se pusieron horribles, rechinó los dientes y abrió sus vidriosos ojos, pero no hizo nada mas; su rostro temblaba de rabia, y ella pasó de un lado á otro tocando las paredes y con los brazos estendidos como si quisiera cogerle; por fin se detuvo, hizo una seña amenazadora con su dedo y se echó de nuevo en su ataúd.

El filósofo no pudo recobrar su serenidad; miraba con horror al largo y estrecho ataúd en que se habia vuelto á echar. Súbitamente el ataúd saltó de su sitio y empezó á andar por el aire por toda la iglesia con un zumbido que resonaba mucho. Tomás le veía á veces á muy corta distancia sobre su cabeza, pero observó al mismo tiempo que no podia pasar la invisible barrera que formaba el círculo encantado que habia hecho en derredor suyo y empezó á recitar de nuevo sus exorcismos. El ataúd cayó con estruendo en medio de la iglesia y quedó otra vez inmóvil en su sitio. El cadáver se levantó entonces con un aspecto mas terrible que antes, pero en aquel momento resonó el canto lejano de un gallo. El cadáver se volvió á echar y la tapa del ataúd que estaba á un lado cayó por sí misma sobre él.

El filósofo sintió latir su corazón con violencia y quedó inundado de sudor, pero hallándose tranquilo con el canto del gallo volvió con gran valor á emprender su lectura. Al amanecer un diácono vino á relevarle acompañado del anciano Jaotukh que ejercia las funciones de sacristan.

(Se continuará).

NICOLAS GOGOL.

## FUEGO Y HUMO.

BALADA.

En las pasiones, presumo  
puede verse desde luego,  
al manifestarse, fuego:  
al desvanecerse, humo.

Feliz quien siga el sistema  
por el que el prudente aboga,  
porque ni el humo le aboga,  
ni el faego de ellas le quema.

Con la mente antojadiza  
juzgué al dinero el bien sumo:  
era mi ambicion el humo  
de no apagada ceniza.

Tras el amor corrí luego  
de la existencia en la rueda;  
hoy tan solo el humo queda  
de aquel pasajero fuego.

Quise luchar y vencer,  
ansioso corrí á la guerra,  
prendimos fuego á la tierra,  
que en humo se iba á perder.

En la gloria que des a  
el vate fijé la vista;  
mas la gloria del artista  
es como un leño que humea.

Hoy triste y desengañado  
marcho por otro camino:  
el solo goce es el vino,  
el vicio es solo mi agrado.

Y en el cigarro que fumo  
ya las pasiones compendio:  
primero, débil incendio,  
despues pasajero humo.

M. OSSORIO Y BERNARD.

## HISTORIA NATURAL.

CARNERO CON VUELOS.

Este animal, es uniforme en su bello color rojizo, y se acerca por su coloracion general á nuestro carnero comun: sin embargo, el matiz es mas vivo que en la especie de Europa, porque los pelos leonados no están mezclados de pelos negros, y al contrario su punta es blanca, lo que da al pelo un aspecto como si fuese salpicado cuando se le mira de cerca. El color que acabamos de indicar es el de la cabeza, el del cuerpo y el de los miembros casi en totalidad; no obstante, delante de la línea dorsal, tiene una tinta rojiza, y se observa entre las dos piernas, en la línea de en medio, una mancha negra longitudinal; en fin, por debajo del cuerpo y de las regiones internas é inferiores de los miembros se ve el color blanco, como en nuestro carnero, pero con la diferencia de que la porcion blanca del cuerpo tiene mucha menos estension que en este último. Lo que hace á esta especie muy singular y lo que le ha valido el nombre de carnero con vuelos, son los largos pelos que se advierten en las partes anteriores de su cuerpo y de sus miembros, que tienen de seis á siete pulgadas desde el tercio de la pierna, sobre las caras anterior, posterior y esterna de la pierna, y caen hasta el medio de la caña, formando de este modo un adorno muy notable. Además, hacia el ángulo de la mandíbula, nace de cada lado un mechón de pelos de dos, tres, ó cuatro pulgadas de largo; y un poco mas abajo comienza una lista de pelos colocados en la línea media, que continúa hasta el tercio inferior del cuello, donde se divide en dos líneas que van á terminar hacia la articulacion del muslo con la pierna. Estos pelos tienen algo antes de la bifurcacion, un pie ó trece pulgadas de largo; pero hacia lo alto del cuello y hacia la espalda, son mucho mas cortos y solo tienen como medio pie. Su color es generalmente el del cuerpo: solo los que se aproximan á la parte interna de la pierna y de la caña son blanquizecos; y se observa tambien una línea de este color en los de la parte anterior del cuello.

Este animal, cuyo tamaño es una quinta parte mayor que el de nuestro carnero, tiene la cola de siete pulgadas de largo, terminada por un mechón de pelos.

Los cuernos parecen bastante pequeños con respecto al volumen del animal, y en el individuo que posee el museo de París, no son mayores que los del carnero ordinario, aunque es macho y parece muy adulto. Presentan, por otra parte, particulares caracteres: su forma los hace muy diferentes de los del carnero, y su base es mas bien cuadrangular que triangular; no tienen arista alguna saliente, sobre todo hacia la base, y en la estremidad, que se dirige hacia adentro al contrario de lo que se verifica en las otras especies, casi no tiene ninguna anchura, y forma verdaderamente una punta en el sentido que ordinariamente



se da á esta palabra. Las arrugas son muy poco pronunciadas, á no ser cerca de la barba, y la extremidad es casi enteramente lisa. Los dos cuernos están como en los otros carneros muy aproximados en la frente, y aun hay un punto donde están casi juntos. El ángulo que comprenden entre sí es mucho mas agudo que en nuestro carnero, y casi no llega á 60°. En fin, son tan anchos en la base como en esta especie, pero su circunferencia es mayor á causa del aumento de su superficie que resulta de su forma cuadrangular.

Este bello animal lleva en algunas descripciones el nombre de carnero de *Africa*, y no se sabe todavía con certidumbre si debe referirse al carnero barbado de Pennat. La descripción dada por este autor es demasiado incompleta para que sea posible fallar acerca de la identidad específica; no obstante, MM. Cuvier y Desmarest la han admitido, y han reunido estas dos especies bajo el nombre de *Ovis tragelaphus*.

#### UNA CURA MARAVILLOSA.

Ya hacia bastante tiempo que un servidor de ustedes, que dicho sea con perdon, soy todo un buen muchacho y mejorando lo presente nunca he padecido un mal catarro; ya hacia mucho tiempo, repito, que en castigo sin duda de los pecados que todos los dias se cometen contra la rica habla castellana por gentes de pró y muy chapadas, la Divina Providencia se sirvió afligirme con una de las innumerables enfermedades que menciona el terrible diccionario médico.

Siempre he experimentado un temor instintivo á la respetable clase médica, porque aunque no soy tímido por naturaleza, miro la ciencia con veneracion y la saludo sin aproximarme mucho á sus sacerdotes.

Pero mi mal iba en aumento y concluyó por quitarme las ganas de comer, que era lo que mas me desazonaba.

Una comadre de la vecindad que me queria mucho, me recomendó un limon en ayunas, pero me dió dentera y se agravó mi mal.

Una vieja de la boardilla sabedora del caso, recetó un emplasto casero compuesto de aceite, miga de pan y serrin fino de pino de Holanda, una cucharada cada dos horas, y por poco no echo las tripas.

Un borracho me preopinó media azumbre de vino pardillo cada vez que me acometiese el mal y que fuese doblando las dosis sino entraba en razon el estómago, y con este tratamiento pillé muy buenas turcas.

Un guardia alabardero del piso cuarto interior, me dijo que él habia padecido lo mismo estando de guarnicion en las Batuecas y siendo furriel de una compañía de granaderos garullones, y un vaso de agua saturada de piedra del Viso que se usa para dar blanco al corraje, habia sido mano de santo.

El aguador de casa certificaba que muchos compañeros suyos de la fuente se habian curado en 15 minutos, colgándose por las patas del quicio de una puerta.

El carnicero me dió tuétano de vaca para que me untase la tripa, y el zapatero del portal se ofreció á recogerme los retales de suela que se dan en infusion á los perros que padecen moquillo.

Entre todos me pusieron peor y creí era llegada mi última hora.

Para mayor tormento, los periódicos me obsequiaban en sus cuartas planas con letras de gran calibre y viñetas alegóricas, con una legión de anuncios de medicamentos gabachos que obraban maravillas.

Píldoras que curaban al vapor, jarabes para todas las enfermedades, aun para las mas opuestas, esencias de uso universal, grageas, harinas, bálsamos, inyecciones, emplastos, calmantes, aceites y betunes.

Todo premiado con medallas de honor y menciones honoríficas.

Todo aplicado con el éxito mas lisonjero en

los hospitales y clínicas de París, Lyon y Nantes.

Todo recomendado por los profesores mas eminentes, todo acreditado con una práctica del trascurso de siglos.

Y todo con extractos de mas de 50,000 curas perfectas y certificados de enfermos sacados de la huesa, y restituidos á la vida despues de cinco meses de enterrados.

Compré las píldoras de Holloway que se titula amigo de los españoles, y lo es en efecto de sus pesos duros; las de Haut que se dibujan como balas de cañon y la Revalenta arábiga, en cajas de calidad doblemente refinada.

Tomé el aceite de hígado de bacalao de Hogg, pero á los pocos dias otro anuncio gritó: «No mas aceite de hígado de bacalao; jarabe de rábano yodado,» y me decidí por los rábanos, que abren el apetito.

Corrí apresuradamente por el fosfato de hierro de Leras, que impide tener frio por el mes de julio, por el vino de Gilbert Seguin, que ningun borracho bebe, por el Rob Boyveau Laffeteur de endemoniada pronunciación, por la esencia de zarzaparrilla de Fourquet, por las grageas de Dunand y de Le Boenf, por el jarabe de Flon, por los bolos de Armenia del doctor Charles Albret para los bolonios de todos los paises, por el jarabe de Laroze de cortezas de naranjas amargas, y por otros específicos no menos estupendos y admirables.

Con la adquisicion de estos medicamentos de moda no espermenté ningun alivio, pero estuve á dos dedos de quedarme sin un cuarto.

Por fin; las puertas del cielo se abrieron para mí, pues me hablaron de un sabio doctor, ornamento de la ciencia, á quien acudian los dolientes como moscas á la miel, tanta era la gloria de su fama.

Y tanto me instaron para que fuera á verle, ponderándome su acierto y citándome ejemplos muy recientes, que al cabo me decidí.

Una mañana me armé de valor, y poniéndome mis trapitos de cristianar, que cierto es que conforme se ve á la gente, así se la trata, me encaminé á casa del famoso Galeno que recibia consultas en ella de tal á tal hora, y gratis para los pobres los sábados entre gallos y media noche, cuyos filantrópicos sentimientos causaron en mí una viva simpatía á priori.

Llamé; un criado mejor vestido que yo salió á recibirme, y enterado de mi objeto me pasó á un salon tapizado con lujo oriental, y me invitó para que tomase asiento en una magnífica butaca que sepultó mi doliente humanidad con su terciopelo.

Siete víctimas como yo esperaban vez á iban entrando uno á uno.

Yo iba detrás de un caballero, al parecer militar retirado y de campanillas, que teniendo las dos piernas de palo, un brazo menos, un ojo de cristal y la boca huérfana de dientes, no se qué diablos le podia doler como no fuese el descuento del habilitado.

Ninguno cambiamos una sola palabra, ni aun por ceremonia, pues el que mas y el que menos, bastante tenia con los propios sufrimientos para ocuparse de los de los demás.

Llegó mi hora despues de dos de espera, y antesala, y penetré en el santuario decorado como cuento de las *Mil y una Noches* y mas adecuado para una soirée de confianza, que para recibir caras de vinagre como la mia y las de mis compañeros de infortunio.

El Galeno, que al parecer tambien era Crespo, y cuya persona respiraba satisfaccion por todos los poros, me acogió con la mas encantadora de las sonrisas, rogó me sentase con la mas esquisita urbanidad, y me preguntó á paso de carga como hombre que sabe que el tiempo es oro, el monstruo por el cual tenia el honor de dirigirme la palabra.

Me tomó el pulso, me hizo sacar la lengua cerca de una tercia, se enteró de mi vida y milagros, y dijo que lo que yo padecia era muy grave y acabado en *itis*, que ahora no me acuerdo bien de revesado que era el nombre.

«Pero no tenga usted cuidado, añadió, que eso lo curaremos muy pronto, y empiece usted

por meterse en cama en cuanto llegue á casa, que el tiempo está muy malo.»

El tiempo siempre está bueno y malo á la vez para los médicos.

«Por primera entregará usted cuatro duros; que yo no trabajo menos, y eso á usted que viene recomendado por mi apreciable amigo Don Etcétera. Desde mañana, le enviaré á usted todos los dias uno de mis ayudantes. Yo tengo cinco ayudantes, jóvenes recién salidos del colegio de San Carlos, que me secundan perfectamente en mi tarea de dar pasto á los cementerios, que hasta adquirir un nombre necesitan que mi sombra les cobije, y de aquí á cuando estén en disposicion de exterminar al género humano por su cuenta y riesgo, es preciso que lo hagan bajo mi razon social.»

Solté la mosca, seguí el precepto facultativo y me zambullí entre las mantas.

Por espacio de un mes, el ayudante del precursor, siguió día por día y á razon de 20 reales cada uno, estudiando en mi persona los efectos lentos, pero seguros, de algunos tóxicos de la botica de mi calle, y de qué manera puede un desdichado ser llevado al sepulcro sin que las leyes lo impidan.

Al cabo de este tiempo, recibí la noticia de que un honrado comerciante en cuya casa tenia depositados mis fondos, habia quebrado, y no por el espinazo, pues á ser de este modo no hubiera escapado á los Estados-Unidos con mi dinero y el de otros tontos que buscábamos el tanto por ciento, y nos quedamos sin el ciento y sin el tanto.

Arrostré este golpe de la fortuna con estóica resignacion, despedí al médico á quien ya no podia pagar y me levanté de la cama fiándolo todo á Dios y á la buena ventura.

Entonces, cosa mas particular, cuando me ví sin un céntimo y que no tenia que comer, sentí una hambre canina, devoradora.

Indudablemente fue una cura maravillosa.

EL CURIOSO MADRILEÑO.

#### REVISTA DE TEATROS.

A causa de los muchos forasteros que hay en la corte y de haber estado cerrados los teatros, durante las festividades de Semana Santa, se ven estos en extremo concurridos. Nosotros, aunque nada tenemos de forasteros ni de curiosos, que viene á ser lo mismo, acudimos al llamamiento de los carteles, en los cuales es ya de obligado, de rigor ó sea de cajon la palabra nuevo. Despues que un célebre filósofo ha dicho *nihil novum sub sole*, á quién no le estraña, á quién no le pica la curiosidad al divisar en todas las tiendas la palabra *nou-seanté* y en todos los cartelones la vieja voz nuevo.

Pero hablemos de los teatros que es á lo que hemos venido.

Se ha estrenado en el Teatro Real la ópera del príncipe Piniatowski, *Pietro de Médici*: sentimos mucho no poder darle á dicho señor el título de príncipe de la música; pero nada hemos encontrado de particular en su obra, fuera de una barcarola, secundada admirablemente por el señor Baragli.

Damos otra vez la enhorabuena al teatro del Príncipe que, en vez de darnos obras nuevas, desentierra las que nunca son viejas; que compare la empresa el número de representaciones de *La Farsa* y de *Mari-Hernandez la galleja*, con las que alcanzaron las obras que nos dió anteriormente y seguirá por la buena senda que ha emprendido, y por la cual la aconsejamos que siga en bien suyo y del arte.

El *Bien y el mal*, estrenada en el Circo, promete mucho en el prólogo y cumple poco en los actos siguientes; se resiente algo de la poca práctica escénica del autor y del gusto francés del cual deriva; el desenlace es inesperado en cierto modo y satisfactorio y lo que hace mas simpática la obra del señor Fernel, es la moralidad y el sentimiento en que nada.





Historia natural.—Carnero con vuelos.

La señora Isturiz ha ido á ocupar el vacío que quedaba en el teatro de Jovellanos; su voz flexible y estensa entusiasmó al público que la llamó repetidas veces á la escena. *Por amor al prójimo*, zarzuela nueva de dicho coliseo, tiene mas de sainete cantado que de otra cosa. La ópera española se va transformando en vaudeville francés.

En el teatro de Variedades se ha puesto en escena un drama del señor Zamora, titulado *Marco-Spada*, estamos en contra de estas obras que nada enseñan sino á imaginarse la virtud dentro del seno del vicio, lo cual está tan distante de la realidad como lo están entre sí el vicio y la virtud; no podemos menos de decir sin embargo que la obra del señor Zamora está escrita con mucho ingenio y que su versificación es espontánea y esmeradísima.

Volviendo ahora á hablar de lo nuevo, diremos; que no es nuevo que las empresas quieran alucinar al público; que no es nueva la costumbre de los arreglos del francés y que las obras, despues de arregladas, son como las prendas de ropa que salen de casa el tintorero que parecen nuevas sin serlo, y que si nos adherimos á la idea de suprimir la *v* y poner la *b* en su lugar, es tan solo para ver si podremos entonces lograr que todo lo nuevo sea bueno.

BONIFAZIO STIFFELIO.

#### EL PEZ.

Un pececillo ligero  
por el mar iba saltando,  
cuando vió sobre él nadando  
un pedacillo de pan.

Quiso comerlo al instante  
pero su madre le dijo:  
—No comas, no comas, hijo,  
mira que á pescarte van.

Desoyendo la advertencia  
al alimento se lanza,  
y tras una hebra de tanza  
dejó el pececillo al mar.

Y al verle, entonces, la madre  
dijo con dolor profundo:  
—¡Tanto aquí como en el mundo,  
cuántos se dejan pescar!

JOSÉ C. BRUNA.

#### UN ASRA.

Todos los dias la hermosa y jóven hija del sultan se paseaba por el jardin de su padre; todos los dias, al llegar la tarde, iba y venia junto á la clara fuente donde jugaban y saltaban las blancas aguas.

Todos los dias, el bello y jóven esclavo se hallaba al llegar la tarde, junto á la clara fuente donde jugaban y saltaban las blancas aguas; cada dia estaba su rostro mas descolorido, hasta que se puso pálido como la muerte.

Una tarde corrió la princesa hácia él y le dijo: «esclavo, quiero saber tu nombre, tu patria y tu tribu.»

Y el esclavo contestó: «Me llamo Mohamet, he nacido en la tierra de Yemen, en la Arabia, y pertenezco á la tribu de los asra: es s asra son los que mueren cuando aman.»

ENRIQUE HEINE.

#### EL AMOR DEL DESIERTO.

Mora, mi mora; la nocturna brisa  
agita con su soplo las palmeras;  
mas pura que su aliento tu sonrisa  
me está diciendo que mi halago esperas.

Mora, la luna del profeta amada  
argenta con su luz nuestra llanura:

la noche es hoy tranquila y sosegada;  
solo grita el chacal en cueva oscura.

Cuando en noble corcel de Arabia hijo,  
empuño la gumia ó corvo alfanje;  
cuando al grito de ¡á ellos! me dirijo  
á caer sobre impávida falange,

Cuando flotan los blancos alquiceles  
al viento del desierto en la carrera,  
y de los tigres las pintadas pieles  
conquista son de nuestra audacia flera,

Cuando al ardiente sol de nuestro cielo  
bulle mi frente, y mi semblante quema,  
cuando el seco simoun con rauda vuelo  
nos envuelve voraz con furia estrema;

Entonces si suspiro, es porque adoro  
la vida para amarte solamente:  
no desdeñes mi mora este mi lloro  
y déjame una vez besar tu frente.

S. MOLGOSA.

#### LA ESPERANZA Y EL RECUERDO.

Dicen ellos que la felicidad es la esperanza;  
mas el verdadero amor da mucho precio á lo pasado, y la memoria despierta los pensamientos que nos son gratos: nacen los primeros y son los últimos que se marchitan.

Y cuanto la memoria ama con mas ardor, es lo que la esperanza ha acariciado largo tiempo: y cuanto adoró y perdió la esperanza se ha absorbido en la memoria.

¡Ay! todo esto no es mas que una ilusión:  
el porvenir nos seduce desde lejos: no podemos ser lo que echamos de menos y no nos atrevemos á pensar en lo que somos.

LORD BYRON.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.  
Editor responsable, Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pasaje de Mathen.

En provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.